

# La higiene mental en la educación de NIÑOS Y ADOLESCENTES(\*)



Por JULIAN DIAZ-PECO Y DIAZ-PECO  
(Catedrático del Instituto de Puertollano)

**PALABRAS INICIALES** Nos decía en una ocasión el Profesor Millán, Catedrático de Fundamentos de Filosofía de esta Facultad en la Universidad de Madrid, hablando de ciertas oposiciones, que él había sido designado Secretario del Tribunal, por ser el «último mono académico de los componentes del mismo. Quizá por esta misma razón, he sido yo, entre los Catedráticos y Profesores del Claustro de este Instituto, el designado para pronunciar la oración inaugural de curso, oración que debería ser solemne, cuajada de rica doctrina, amena y aleccionadora a un tiempo. Pero no me siento capaz de aspirar a tanto. Sólo pretendo, y para ello pido la benevolencia de todos, llevar la atención de quienes me escuchan hacia un tema que yo creo vitalmente interesante, para que después cada uno lo enriquezca con sus propias meditaciones y con informaciones de fuente más original y abundante que mi tosca palabra. Este tema es *La Higiene mental en la educación de niños y adolescentes.*

**EL CONCEPTO DE HIGIENE MENTAL** En esta expresión empleamos la palabra *higiene* en su sentido propio, preciso: Sistema de normas o conjunto de medidas en orden a conservar la salud, es decir, para evitar la enfermedad, llamando enfermedad a cualquier disfunción, no importa cuál sea el origen de ésta. Esta disfunción produce una disminución de eficiencia en la actividad del sujeto afectado, una también disminución de su resistencia frente a las posibles condiciones adversas del medio, dificultando su adaptación, es decir, que disminuye, retrasa o impide la respuesta adecuada.

Generalmente esta disfunción se hace presente en la conciencia en la forma de dolor, o cuando menos, de cansancio, disgusto, debilidad, insuficiencia vital. Pero puede ocurrir que la disfunción exista y el sujeto no tenga conciencia de ella. El sujeto está enfermo y no lo sabe. Y será mucho más frecuente el hecho de que un sujeto viva en condiciones (subjetivas, ambientales), que implican grave peligro de contraer enfermedad, sin tener tampoco conciencia de ello. Aquí entra de lleno la función de

---

(\*) Discurso leído en la apertura solemne del año académico 1962-63 en el Instituto Nacional de Enseñanza Media «Fray Andrés», de Puertollano.

la Higiene, ésta es su función específica: Superación o modificación de estas condiciones. Con el concurso consciente, personal, del interesado, cuando ello sea posible y necesario. Pero *no siempre es posible*. Y nos interesa a nuestro propósito destacar especialmente este hecho. Precisamente porque el sujeto que nos ocupa, el niño, el adolescente, no sólo tiene poder físico para modificar a voluntad el ambiente en que vive, sino que este ambiente, en el que se halla inmerso, le está formando. No podemos, muchas veces, recurrir a su conciencia, porque ésta se halla en vías de formación: *aún no es*, está llegando a ser, en etapa más o menos avanzada de este proceso. Y de esto se trata, de dirigir el proceso, de remover los obstáculos y crear las condiciones para que aboque a buen término. Que la personalidad formada sea sana y que llegue a grado suficiente de madurez para lograr una correcta adaptación, un buen ajuste a su ambiente. Se trata, por tanto, de favorecer el desenvolvimiento psicológico del niño y del adolescente.

Psicológico, y no exclusivamente intelectual, que eso sería misión de la Didáctica. Aunque también la Higiene haya de tener en cuenta el correcto planteo y solución del problema didáctico, porque de éste pueden venir también causas de desajuste. La palabra *mental* está empleada, por tanto, en sentido amplio, equivaliendo a psicológico, y no estrictamente a intelectual, aunque incluye a éste. Es quizá término algo ambiguo, que se opone a corporal, somático, biológico, fisiológico, físico (*body and mind*, como dicen los ingleses, *Mind, no soul*).

Por tanto, la Higiene mental es el sistema de normas y medios para conseguir mentes sanas, es decir, para evitar enfermedades y trastornos psíquicos. Esa salud mental se mide, sobre todo, por la capacidad de adaptación a la vida social, aceptando y resolviendo eficazmente los problemas y conflictos que las distintas situaciones plantean. Está íntimamente ligada a la vida afectiva u oréctica (sentimientos y tendencias, normas y motivos) y profundamente enraizada en el trato recibido en los primeros meses y años de la vida.

**LA EDUCACION.** Permitidme aquí que haga una afirmación previa: La **OBRA DE TRES FACTORES** labor de educación (entendida la palabra en sentido amplio de asimilación de normas, hábitos y conocimientos vigentes, logrando la formación de una personalidad sana que se ajuste adecuadamente a su ambiente) depende, por lo menos, de tres factores: la Familia, la Escuela—es decir, la Institución escolar en todos sus grados, desde el parvulario hasta la Universidad—y la Sociedad en general, el medio social, dentro del cual viven y se desarrollan y son influidos, el individuo, la familia y la Escuela.

Estos tres factores—Familia, Institución escolar, Sociedad—no son entre sí equivalentes en cuanto al grado de su influencia, ni tampoco entre sí independientes: mutuamente se influyen, se condicionan, se entrecruzan, se da entre ellos un constante flujo y reflujo. La resultante de estas fuerzas

convergentes es la formación de una personalidad. En la personalidad se dan distintas capas, zonas y facetas, básicas unas, profundas; otras externas y superficiales.

El orden en que, de ordinario, actúan estos factores en cuanto a la primariedad, profundidad e importancia de su influjo sobre el individuo, es: Familia, Sociedad e Institución escolar. Duro es reconocerlo, para un profesional de la función educadora—no quiero decir docente—que, además, cree sentirse con vocación para la misma. Pero la honradez obliga a proclamarlo con toda sinceridad: en la educación, en la formación personal, cuentan más la familia y la Sociedad que la Institución escolar.

1. LA FAMILIA Esto no es sólo una modesta convicción personal, adquirida en mi pobre, aunque ya larga, experiencia. Es un hecho comprobado: la salud mental o psicológica del individuo depende principalísimamente de la familia en que vive.

Dos ejemplos:

1.º Se ha demostrado que una causa muy frecuente de grave desajuste mental para muchos individuos es la actitud de disgusto, de desagrado, con que son recibidos a su llegada a este mundo. Los padres no querían serlo. El hijo no era deseado y, en consecuencia, no es bien recibido. No quiero decir que se le niegue la necesario para la vida, ni menos que sea maltratado. Pero no se le acepta de grado. Y esto, cuando ocurre, aunque no se le diga, es, oscura pero eficazmente, percibido por el niño, el cual sufre un daño radical en su desarrollo psíquico, aun sin tener clara conciencia de ello. La restricción del número de hijos, por razones de salud, de economía o de vivienda, ha sido detenidamente examinada en la doctrina pontificia, en cuanto al aspecto moral. Pero ahora nos referíamos al aspecto estrictamente psicológico, de integridad psíquica del sujeto.

2.º hecho, que viene a ser, en cierto modo, el reverso del anterior: Spitz, psicólogo americano, ha podido comprobar, en suficiente número de casos para hacer válida su afirmación, que es mucho más beneficiosa para el desarrollo psíquico del sujeto la crianza con la madre, en el seno de la propia familia, por muy desfavorables que puedan parecer sus condiciones, que la crianza en instituciones del tipo de orfanatos u orfanatorios, con toda clase de adelantos técnicos y garantías científicas para el perfecto cumplimiento de su misión. Y ello, no sólo en el caso de padres pobres y toscos, con trato rudo de palabra y obra, sino en el más extremo de ser la madre de conducta y vida totalmente inmoral. En este aspecto psicológico—no aludo ahora a las posibles implicaciones morales—podríamos decir que la peor de las madres es mejor que la mejor de las instituciones. Como siempre, lo natural, lo auténtico, mejor que los sucedáneos e imitaciones.

Pero sin llegar a estos casos extremos, el ambiente familiar condiciona muy poderosamente el desarrollo psíquico del niño: la armonía o desave-

nencia que reine entre sus miembros, especialmente los cónyuges; el orden o desarreglo, el cariño o la frialdad, la actitud de solicitud o de indiferencia hacia el pequeño, condicionan, digo, favorable o desfavorablemente, pero profunda y vigorosamente, su desarrollo psíquico. Podríamos decir que los frutos de las semillas que ahora se siembran aparecerán más tarde y acompañarán al sujeto toda su vida. ¿No es importante meditar sobre este tema?

El niño, y tanto más cuanto más joven es, es plástico a las influencias que recibe. Pero no blanda cera; porque la figura de cera se deshace con la misma facilidad con que se hizo. En todo caso, arcilla moldeable, que se cuece en el horno de la vida, de la experiencia. Y la figura que hicimos, que contribuimos a hacer, queda ya permanente; si intentamos deshacerla, para hacer otra nueva, se quebrará. Y los casos no admiten nuevo moldeamiento ni soldadura. El intentarlo requiere técnicas delicadas, propias de especialista: el psicólogo clínico y, en casos extremos, el psiquiatra. Que intentan volver a la normalidad a quien sufrió desviación respecto de ella, y que unas veces lo consiguen y otras, no.

Hoy se estudian detenidamente casos particulares de la influencia familiar sobre los hijos, respecto de su educación: caso del hijo único, del hijo menor en familia numerosa, de hijo varón único con varias hermanas y viceversa, etc. Y los llamados hogares rotos, que en España sólo se dan, afortunadamente (con raras excepciones) en el caso de muerte de uno o de ambos progenitores. Con un porcentaje muy modesto de casos de abandono. Pero en los países donde está establecido el divorcio, los hogares rotos son frecuentes. ¿En qué situación quedan estos hijos?

Adelantemos este hecho, que parece innegable—y hablamos siempre en términos generales, salvando las excepciones que puedan haber: En España, la institución familiar conserva una estabilidad, un vigor, una salud, mayores que en el resto de los países llamados occidentales. ¿Cuáles son las consecuencias de la inestabilidad familiar? La riqueza favorece la cultura. A mayor riqueza, más elevada cultura y más refinada educación. Pero los países más ricos y más cultos—digamos, por ejemplo, Francia, Inglaterra, EE. UU.—tiene hoy un terrible problema: la delincuencia juvenil, siempre creciente. Esas bandas de adolescentes y jóvenes—los llamados *bloussons noirs*, los *teddy boys*—que hacen alarde de su carencia de respecto a toda norma y que llegan a cometer crímenes atroces, monstruosos. Por otra parte, Suiza, el país más rico, más culto y quizá más demócrata, que no ha sufrido ninguna convulsión interna, y que ha quedado al margen de las dos guerras mundiales, es, sin embargo, el país donde ocurren mayor número de suicidios juveniles. En España tenemos el problema del «gamberrismo», pero sin alcanzar la gravedad ni la frecuencia del fenómeno aludido en estos otros países.

Quede, pues, claramente sentado que la robustez y estabilidad de la familia favorece el desenvolvimiento de los hijos, no sólo en cuanto a la educación tomada en un sentido superficial, complementario, preparatorio, sino en el más hondo y primario de salvaguardar su sano desarrollo psíquico, dando por resultado mentes integradas, armónicas, equilibradas, por tanto, positivamente eficientes, para sí y para la Sociedad.

**PELIGROS ACTUALES PARA LA FAMILIA** No podemos dejar de consignar que la estabilidad de la familia sufre actualmente los embates de fuerzas que la socavan: en primer lugar, el trabajo de la mujer fuera de casa—la fábrica, la oficina—. Si el alma de la casa es la mujer, la ausencia de ésta deja al hogar sin alma. ¿Podrá vivir la familia sin alma? ¿Se podrá mantener el principio de la reintegración de la mujer al hogar? El hecho no es baladí, sino que, por el contrario, sus consecuencias influirán extraordinariamente en la configuración de la Sociedad que resulte de este periodo de transformación que estamos viviendo.

Si la familia pierde cohesión y, por tanto, densidad en su acción modeladora, formativa, la Sociedad habrá de procurar tapar el hueco resultante con la creación de nuevas instituciones. Mayor socialización. Camino de ello se va. Pero las conclusiones de Spitz no abonan este camino. Las consecuencias se reflejan ya, como hemos apuntado, en los países que van en vanguardia de la cultura occidental, de esta que Carrel llama la «ciudad industrial». El hombre no es sólo un productor y un consumidor de bienes, no es sólo un factor de orden económico. Creo que puede decirse con toda propiedad que la economía, y su soporte la técnica, son actualmente condición necesaria, pero no suficiente, para la vida humana. Para que la vida siga siendo humana. Charlie Chaplin, el famoso «Charlot», que no sé si conoce la actual generación juvenil, recogió agudamente en *Tiempos modernos* muchos aspectos de la tesis que acabo de formular.

La institución familiar también recibe ataques en otro frente. Estos más solapados, pero terriblemente eficaces: el cine, aparentemente mero pasatiempo, intrascendente, pero de enorme eficacia demoleadora, corrosiva. Las empresas —productoras, distribuidoras, proyectoras— sólo van guiadas por el afán de lucro, sin reparar en los efectos que pueden causar. Muchas cosas se han hecho habituales, se han convertido en moneda corriente, gracias al cine. Hay quien cree que entre el cine que ve y la vida que vive hay una separación absoluta. Pero la experimentación psicológica ha demostrado que tal telón de acero no existe. En todo caso, sería una rejilla a través de cuya malla siempre se establece la comunicación en el sentido pantalla → vida. El espectador de cine carece habitualmente de actitud crítica, cosa además favorecida por la naturaleza del espectáculo. Hay una asimilación de la que el sujeto no tiene conciencia, una *sugestión*, en el sentido preciso de la palabra: algo que entra por debajo de los umbrales de conciencia, verdadero contrabando o matute que no pasa por la aduana. Aquello se incorpora al sujeto, comienza a ser activo en su comportamiento, pero él no tiene conciencia de ello. ¿Cuál es el sentido general de la inmensa mayoría de películas? La nota de «no toleradas» puede ayudarnos a una primera clasificación, *grosso modo*. Otro dato: la Universidad, directamente y a través de los Colegios Mayores; la Iglesia, a través de Colegios, Congregaciones, Parroquias, Asociaciones diversas, estimulan esa cosa nueva que se llama Cine-Clubs y Cine-Forum. Tienen clara conciencia de este peligro y pretenden luchar contra él, si no suprimiendo el cine, por lo menos alertando al espectador, formando, agudizando y dirigiendo su sentido crítico.

Otro peligro para la familia: las tendencias emancipadoras de la juventud. Y aquí una aclaración: que la juventud tienda gradualmente a emanciparse, a independizarse de la tutela de los mayores, es absolutamente normal. No lo sería lo contrario. Ello revela que crece, que tiene conciencia de su crecimiento, que quiere asumir la responsabilidad de su propio destino, resolver sus propios problemas, medir en el choque con la realidad sus fuerzas, en las cuales confía. Pero no me refería a eso, sino a esa actitud de insolidaridad, sobre todo frente a la obligación que supone la continuidad. Insolidaridad que se refleja en el estereotipado dicho: «Tengo derecho a vivir mi vida.» Parece como irrumieran en la vía por generación espontánea, como si la vía comenzara con ellos, como si no debieran nada a nadie. Aparentan ignorar la verdad enunciada por Ortega: «La generación actual, dice, disfruta de espléndida juventud gracias a que otras generaciones no tuvieron juventud.»

No hay que atenazar a la juventud, coartar sus iniciativas, darle todo resuelto. Ni siquiera a la niñez. El excesivo paternalismo, empleando la palabra ahora en boga, es perjudicial, retrasa y dificulta el desarrollo del joven tutelado. Pero el joven debe asimilar sentimientos y aspiraciones básicos de sus mayores, aportar su esfuerzo a la resolución de problemas que se encuentran ahí, acuciantes, aunque él no los haya creado, sino que son efecto de la continuidad histórica. Ha de asumir el «debe» y el «haber» que en el libro de la Vida le presenta la generación anterior. Declararse heredero a beneficio de inventario parece actitud poco digna.

2. LA SOCIEDAD Y estamos, sin sentir, examinando la influencia del segundo factor de los enumerados: la Sociedad. Espectáculos; eso que podríamos llamar espíritu o ambiente histórico del momento, a lo cual se alude cuando decimos que cada hombre es hijo de su tiempo —el de hoy caracterizado por un ansia ilimitada de libertad, o mejor, por el afán de rehazar toda obligación y toda responsabilidad—; las lecturas, elemento importantísimo, hoy desplazado en parte muy importante por el cine y la televisión; las amistades; los ejemplos directamente vistos en la calle; las noticias... Todo eso se deposita en la mente, se sedimenta en ella, constituyendo como un mantillo que lleva ya gérmenes de una flora microbiana espontánea, la cual, a favor de determinadas condiciones, puede ocasionar tremendas infecciones. Pero no todos los microbios —sigamos con el simil— son perjudiciales. Y aquí encaja la labor de la higiene mental: en la selección de estos elementos, eliminando o anulando los perjudiciales.

La Sociedad no sólo influye directamente sobre los individuos, sino además sobre la Familia y, por tanto, a través de ella, sobre el individuo. El titular de la función educativa está también sometido a la influencia social. Por otra parte, la sociedad es la creadora de la Institución Escolar; ésta no es, en general, más que un órgano social, órgano que se articula con los restantes y que recibe normas e impulso de los centros rectores. Sí, existen movimientos individuales, pero todos nos movemos como las hojas de los árboles arrastradas por un río, dentro de una corriente ge-

neral. Hay que aspirar a ser, por lo menos, lancha motora, con movimiento autónomo, con rumbo propio, pero no se puede, en manera alguna, ignorar la fuerza y dirección de la corriente.

### 3. LA INSTITUCION ESCOLAR

Tercer elemento: la institución escolar, mandataria de la sociedad, o delegada de la autoridad paterna o, quizá más frecuentemente, ambas cosas a la vez. Tercero en orden de la importancia, de la profundidad de su influjo, el cual depende de dos factores: la personalidad del maestro y el sistema escolar, infinitamente más importante el primero que el segundo. El segundo no tiene más fin que posibilitar y facilitar la acción del primero. Donde la acción del titular de la función educadora sea nula o de escaso valor, bien por falta de cualidades radicales en el educador, o por falta de consagración, de dedicación, todo lo demás sobra: planes, reglamentos, edificios, material, etc. Aquí sí que lo que importa es el hombre. Con una técnica y una organización a su servicio. Pero sin olvidar que técnica y organización son instrumentos, no protagonistas de la educación. El comportamiento del educador, su perfecto equilibrio mental, su actitud ecuánime, serena, acogedora, benévola, pero con unidad de criterio firmemente seguido, son importantísimos para la salud mental de los educandos. Este influjo se ejerce, no por lo que el Maestro dice, sino por lo que el Maestro hace: de ahí el sacrosanto deber de la ejemplaridad, y ahora hablamos desde el punto de vista estrictamente psicológico. (Es lástima que no tengamos tiempo para detenernos en este tema.) De ahí la enorme responsabilidad para el educador de evitar que sus propios problemas, conflictos y tensiones puedan repercutir en las mentes de los alumnos a él confiados.

La Enseñanza media, con la pluralidad de profesores para cada curso, hace más difícil la situación del alumno, que se ve sometido a la influencia simultánea de varios profesores, y si éstas no son concordantes, pueden dar lugar a conflictos. Peligro mayor cuando el alumno es demasiado joven.

La función del profesor de Enseñanza media es de carácter esencialmente docente, más que educador. Por eso dijo Unamuno que en los Institutos los profesores dan la instrucción y la educación queda a cargo de los bedeles. Actualmente se quiere atender a esta función mediante la Jefatura de Estudios, Profesores delegados de curso; en cierto sentido, también el Director espiritual. Esta es una de las funciones que puede contribuir a llenar el psicólogo escolar. Psicólogo, y no exclusivamente psicotécnico.

### ALGUNAS PRECISIONES SOBRE EL OBJETO DE LA HIGIENE MENTAL

Y ha llegado la hora de hacer algunas precisiones. La higiene mental tiene por objeto la conservación de la salud mental. Pero ¿qué es la salud mental? Más aún: ¿qué es la salud, dicha así, simplemente? ¿Ausencia de enfermedad? Enfermedad es una perturbación de la salud, y estamos dentro de un proceso circular

que es necesario romper. La serpiente se muerde su propia cola y hay que romper este malféfico anillo. La salud, podremos decir, consiste en el funcionamiento normal, regular, del organismo. Las palabras *normal*, *regular*, aluden a *norma*, *regla*. ¿Cuál sería esta norma o regla, que nos permita determinar o comprobar ese buen funcionamiento que llamamos salud? O, en otros términos, ¿cuál es el criterio que nos permite distinguir la salud de la enfermedad, aquello que es saludable de lo que no lo es? Contestada esta pregunta, el objeto de la higiene mental aparecerá evidente: fomentar todo lo que favorezca la salud mental y evitar todo lo que la perjudique.

Nueva precisión: el término *salud* es, si no equivoco, por lo menos análogo. Decimos salud física, salud mental. Se puede decir, y creo que frecuentemente se dice, salud moral, empleo ya, me parece a mí, claramente metafórico, pero con metáfora basada en una semejanza estricta: desenvolvimiento o funcionamiento con arreglo a norma.

Y ahora nos toca precisar esta norma: cosa que todavía no habíamos hecho, si bien sí la hemos apuntado al principio. Repetimos: ¿Cuál es la norma o criterio de la salud, de lo saludable, podríamos decir, de lo higiénico? Y contestamos: Es saludable, es higiénico, todo aquello que contribuye a afirmar mi *yo*, a robustecerlo, a vigorizarlo, a enriquecerlo, a dotarle de más y mayores energías para una acción más eficiente en la realización de mis propias tendencias, a aumentar mi capacidad de adaptación a nuevas situaciones y, por tanto, mi capacidad de lucha contra agentes nocivos, dañosos, perjudiciales; enemigos, en una palabra. El autotellismo —todavía hablamos en un plano meramente natural— es característico de la vida. El ser vivo —y el hombre lo es— tiende a perdurar, a conservarse, a desarrollarse. Todo aquello que facilita y estimula este proceso es saludable, es bueno, desde este punto de vista —lo es en absoluto, aunque a veces haya de ceder ante bienes de jerarquía superior—, es deseable, es «higiénico». Por el contrario, todo aquello que se opone a este proceso de afirmación y desarrollo es nocivo, es malo, es vitando, es «antihigiénico».

#### DOS ACTITUDES FUNDAMENTALES DE LA CONDUCTA

La conducta personal —y entramos en el meollo de la cuestión— está presidida por una u otra de estas dos actitudes fundamentales: *actitud de seguridad* o resolutive y *actitud de inseguridad* o de defensa.

**1. ACTITUD DE SEGURIDAD** En la actitud de seguridad el sujeto ve la situación como un problema y trata de resolverlo: bien eliminando el obstáculo que se opone a la realización de sus deseos, de su apetencia; o bien usando de medios para vencerlo, para superarlo; o bien, si resulta insuperable, se propone un nuevo objetivo. Así se ponen de manifiesto la tenacidad, la ingeniosidad, la viveza, la energía del sujeto.

Pongamos un ejemplo: Supongamos que un niño, aprovechando la ausencia de la madre, quiere apoderarse de unos dulces que ésta ha guar-

dado en un armario, delante del cual hay una mesa. Respuestas útiles posibles: 1.<sup>a</sup> El niño empuja la mesa para desplazarla y, una vez desplazada, coge los dulces (eliminación del obstáculo); 2.<sup>a</sup> El niño pone una silla para subir a la mesa y desde allí toma los dulces (superación del obstáculo); 3.<sup>a</sup> El niño no puede desplazar la mesa ni hay objeto alguno (por ejemplo, una silla) que le permita subir a ella. No puede coger los dulces. Pero oye que su hermano está jugando en el patio, y convencido de que no tiene medio de hacerse con los dulces, baja a jugar con él (sustitución de objetivo).

Como ven ustedes en estas tres respuestas (eliminación del obstáculo, superación del mismo, sustitución de objetivo) el problema ha quedado resuelto, o, por lo menos, el sujeto, convencido de la imposibilidad, dedica su actividad a otro objeto, sin quedar dañado psíquicamente.

## 2. ACTITUD

### DE INSEGURIDAD

En la actitud de inseguridad, por el contrario, el sujeto se preocupa de su *yo* más que de la realidad; percibe el problema, no como tal problema, sino como una amenaza a su personalidad, que se siente insegura; tiende a defenderse, a protegerse, en lugar de ir derecho al problema para resolverlo. Entonces su conducta se canaliza por una de estas tres vías, inadecuadas las tres: *agresión, regresión o fijación*. En la *agresión*, el sujeto reacciona con violencia, contra sí mismo, contra las personas que le rodean, contra la realidad que le opone una limitación, que se le aparece como hostil porque le es obstáculo para la consecución de su deseo, para la satisfacción de su necesidad. Con violencia, pero violencia inútil. En el ejemplo anterior, esta actitud sería la del niño que golpea la mesa o el armario porque no puede coger los dulces, o bien grita, patalea, se araña la cara y se tira de los pelos, medios todos evidentemente ineficaces para llegar a los dulces. En la *regresión*, la reacción es inadecuada por insuficiente, propia de un estadio inferior, anterior en el proceso de desarrollo, con lo cual queda dicho que una reacción normal a una edad, puede no serlo en la siguiente. Por ejemplo: el niño que llama, que pide que le den los dulces, siendo así que su edad permitiría esperar de él el empleo de medios propios para llegar al codiciado objetivo. En la *fijación* el sujeto insiste en el repetido intento de alcanzar el objetivo por un medio ineficaz. Sería, en nuestro ejemplo, el seguir empujando el obstáculo cuando evidentemente carece de fuerza para moverlo, o empinarse una vez y otra, cuando la altura a que se encuentran los dulces fuese notoriamente superior a su estatura, aun con este pequeño suplemento.

Estas tres vías, agresión, regresión y fijación, se caracterizan por ser inoperantes sobre la realidad, inútiles, ineficaces para la resolución de la situación planteada. El sujeto se siente frustrado, fracasado; lo que hace, lo hace no para resolver la situación, sino para desahogar su frustración. ¿Quién no recuerda haber dado —por lo menos una vez en su vida— un puñetazo en la mesa, o un portazo cuando no obtuvo contestación afirmativa a una petición formulada, o incluso, haber dado un puntapié —no quiero decir patada— a una piedra en la cual acabábamos de tropezar?

**LA ACTITUD  
DE SEGURIDAD.  
FIN DE LA HIGIENE  
MENTAL**

Pues bien, lo sano, psicológicamente hablando, es la actitud de seguridad. La actitud de inseguridad es sintoma de enfermedad psíquica, o, por lo menos, de estado de debilidad, de propensión a adquirir enfermedad. Siempre que exista situación de inseguridad, lo primero que debemos hacer es corregirla, procurar que el sujeto la supere, lo cual quizá exija en ciertos casos el concurso del psicólogo clínico. Para estudiar —y prevenir, en lo posible, estos casos— se han creado en muchos países los psicólogos escolares. En los países sajones existen las llamadas «Clínicas de conducta infantil».

El estado de inseguridad se manifiesta por esas pseudo-respuestas llamadas «mecanismos de defensa». El sujeto se defiende, se protege, se guarda, se «camufla»; intenta evadirse a la realidad, en lugar de hacerle claramente frente, de cara. Pero el sujeto, en general, no miente cuando obra así. El problema no es moral, sino psicológico. El pícaro que hace una pillería, que miente o engaña buscando un beneficio del cual tiene claramente conciencia obra mal moralmente, pero está perfectamente adaptado en el orden psicológico. El inadaptado, el inseguro psicológicamente, es un juguete de su propia debilidad. Caso de haber engaño, podríamos decir que él es el primer engañado. Y eso es lo que puede hacer su situación particularmente grave. Y aquí reside la dificultad de su tratamiento. Llevando este caso al límite podremos decir: El criminal que obra consciente y deliberadamente, buscando un objetivo —moralmente ilícito, claro—, pero realmente existente y accesible a él por este medio, es un individuo psicológicamente sano. Lo cual no es una paradoja, sino todo lo contrario: el ser psicológicamente sano le hace plenamente responsable de su acto. Si el dominio de una pasión o el estado de inseguridad disminuyen su conciencia, o su capacidad de responder adecuadamente, la responsabilidad queda también disminuida, pudiendo incluso quedar anulada. La justicia puede exigir para el sujeto, en ciertos casos, tratamiento psiquiátrico en vez de sanción penal.

Nos interesa, naturalmente, combatir no el síntoma, sino la causa que lo produce. *Esta es la misión de la higiene mental: prever, y proveer, las condiciones necesarias para que el sujeto viva en actitud de seguridad.*

¿Qué se opone a esta actitud de seguridad? La vida es lucha, cambio incesante, adaptación constante a las condiciones que varían en cada momento. El ser vivo —también el hombre— está constantemente sometido a la presión de agentes externos, pero irradia sobre ellos su acción en virtud de sus apetencias, que son casi siempre expresión de sus necesidades vitales, para asegurar su propia perduración individual, localizada en un período limitado de tiempo; y para asegurar también su perduración específica, indefinida en el tiempo, por medio de su descendencia. Estas apetencias, tendencias, impulsos o instintos, tienden a satisfacerse mediante la posesión de un trozo concreto de la realidad. Y al intentar la conquista de este trozo de realidad surgen obstáculos, fuerzas oponen-

tes, resistencias. Ha quedado planteada la situación conflictiva, lo cual, absolutamente hablando, no es malo. Gracias a ello el sujeto crece, actualiza sus potencias, desarrolla sus energías. Ha conquistado, además, un bien concreto, necesario —o, por lo menos, deseado— en aquella ocasión. Pero es que, finalmente, el éxito obtenido contribuye a afianzar su actitud de seguridad, su confianza en sí, su autovaloración, su alegría de vivir. «¡Qué bien le han salido a usted las cosas!», solemos decir a la persona a quien vemos contenta.

**EL FRACASO PUEDE TENER VALOR POSITIVO**      ¿Y si no hay éxito? El sujeto fracasa. Pero lo importante no es el fracaso, sino la actitud con que el sujeto lo acoge.

¿Quién no ha fracasado alguna vez en su vida, en una carrera, en un negocio, en una pretensión amorosa, en un propósito de enmienda, en un deseo de perfección, en tantas cosas, chicas y grandes, como pueden desearse y de hecho deseamos todos y cada uno de nosotros? El fracaso puede ser una lección y un estímulo, que coopere valiosamente en el proceso de maduración de la personalidad. «El hombre es hombre no porque no cae, sino porque una vez caído puede intentar volver a levantarse», viene a decir el genial africano. Aunque hayamos de sobreentender el complemento «con la ayuda de Dios».

En esto se conocen las almas grandes, en cómo digieren y asimilan los fracasos. «¡De cuántas flores amargas / he sacado blanca cera!», dice Machado. Ahí está el ejemplo de Cervantes, un alma anchamente luminosa, un soñador, eterno abonado al fracaso, que se ríe de sí mismo y de los demás, pero no con risa amarga, sino jovial, alegre, optimista. No es carcajada histérica, ni sonrisa escéptica, ni mueca sarcástica. Es risa cálidamente acogedora, comprensiva, que revela honradez, nobleza, generosidad, fe, confianza en muchos valores, a pesar de su profundo conocimiento del haz y envés de la vida. Esto es vivir en una verdadera actitud de seguridad, haber llegado a una perfecta madurez. Ahí tenemos un ejemplo que imitar, un maestro —entre muchos— de quien aprender.

El fracaso no es, pues, absolutamente malo. Y, sobre todo, es inevitable. Pero hay que procurar que su vivencia no se repita con demasiada frecuencia, porque crearía un complejo de inferioridad, un sentimiento de incapacidad o minusvalía, el cual inhibiría en adelante el libre ejercicio de la actividad del sujeto frente a nuevas situaciones. No debemos proponerle tareas netamente superiores a su capacidad, para evitar en él este desánimo, cosa que deben tener muy en cuenta los padres cuando aconsejan elección de profesión o carrera a sus hijos.

**APLICACION A LA ORIENTACION PROFESIONAL**      La tradición familiar, el brillo social, el rendimiento económico, son datos indudablemente valiosos. Pero lo son mucho más otros dos, los cuales han de ser tenidos en cuenta con indudable prelación sobre los ya mencionados: la vocación y, antes aún, la aptitud del sujeto. Es decir, deben preguntarse: ¿Le gusta a mi hijo tal profesión, quiere ejercerla, se sentiría a gusto ejerciéndola? Y ¿puede ejercerla

digna y eficientemente, tiene aptitudes para ella, se movería holgada y desembarazadamente en su ejercicio? Para contestar a estas preguntas con razonable probabilidad de acierto, necesitarían los padres el asesoramiento de persona competente. Esta es la orientación profesional o consejo vocacional, como se dice ahora. Otra de las funciones encomendadas, total o parcialmente, al psicólogo escolar.

No olvidan los padres que dedicar al hijo a una profesión para la que no tiene aptitud o vocación —seguramente más importante aquella que ésta— es hacerle un inadaptado, un insatisfecho, un eterno descontento. Si es hombre de espíritu crítico exigente se sentirá íntimamente humillado por su escaso rendimiento. Fácilmente se hará un resentido, al borde siempre de perder —más o menos gravemente— lo que hemos llamado salud mental. Hay, además, injusticia, puesto que se ocasiona un perjuicio que pudo ser evitado. La marcha del organismo social se resiente cuando se pone una pieza para su función, cuando se pone —como se dice con frase ya tópica— «una clavija cuadrada en un agujero redondo».

Y no olvidemos que el comienzo de los estudios es una iniciación de la orientación profesional. Incluso los de la Enseñanza Media. Se tiende, es verdad, a hacer la Enseñanza Media obligatoria para todos, como ya lo es en muchos países, y como en España es, nominalmente al menos, la Enseñanza Primaria. Pero, aun así, la Enseñanza Media exige un nivel mínimo de aptitud intelectual, servido por una dosis de voluntad de esfuerzo. Si falta uno de estos dos factores —no digamos si faltan ambos— es aconsejable el desistimiento. En primer lugar, en beneficio del propio aspirante. Y, en segundo lugar, en beneficio de la clase a la cual se habría de incorporar, donde no serviría sino de retraso y perturbación. No todos los caminos son para todos. Pero todos los caminos son igualmente dignos cuando se marcha por ellos con decisión y gallardía. Y todos conducen a la misma meta final: fin individual próximo —consecución de un medio de vida digno—; fin individual último, la salvación eterna —todas las profesiones pueden ser medios de santificación—, y fin social, de colaboración, de aportación del propio esfuerzo a la obra común. Podríamos repetir aquello de: «A Roma por todas partes / por todas partes se va.»

**ESTIMULO, AYUDA** Menos importante, pero no despreciable desde nuestro punto de vista, es lo que, con términos técnicos y un tanto pedantescos, se llama «motivación extrínseca de la conducta», del aprendizaje en nuestro caso. Estimula mucho más —se ha demostrado experimentalmente— el premio que el castigo, la alabanza que la censura; siendo enteramente inadmisibles la falta de ambas, que podría revelar indiferencia y que, en la práctica, significa ausencia de todo estímulo o incentivo. No lo olvidemos los padres. Por mucho trabajo que tengan, dediquen con frecuencia un rato a charlar con sus hijos sobre sus cosas, también sobre sus estudios; comprueben sus calificaciones, felicítenles cuando sean buenas; cuando sean anormalmente bajas, ofrézcanles ayuda y procuren inquirir las causas para ponerles remedio.

**RELACION****EDUCADORES-FAMILIA**

Sé que no es necesario decir aquí que los diversos órganos del Centro —Dirección, Jefatura de Estudio, Profesores delegados de curso, Catedráticos y Profesores de las respectivas asignaturas— practican el contacto directo con los padres. Pero desean intensificarlo aún más, en beneficio de los alumnos. Si el padre no es versado en estudios, este contacto es aún más necesario. No se fíen enteramente de los informes y disculpas del hijo porque ya saben que —lo diré con el gráfico refrán— «cada uno arrima el ascua a su sardina». Algún alumno avisado quizá replicase que también el profesor tiene sardina a la que arrimar el ascua. Pero hay que conceder al profesor un crédito de perspicacia, honradez y nobleza. Si no se lo concedemos, es preferible no confiarle el hijo.

Y ello, por una razón puramente psicológica. Hemos visto la multiplicidad de influencias a que está sometida la mente del educando, influencias provenientes de la familia, del medio social y de la institución escolar. Pero esa mente en formación necesita de tres condiciones para que su desenvolvimiento se efectúe saludablemente, camino de una madurez que llegará más tarde: *aceptación*, por parte de quienes le rodean; *coherencia* de las influencias que recibe y *ejemplaridad*, puesto que en el niño y en el joven —como en todo ser humano, pero más en ellos— pesa más lo vital que lo puramente intelectual —menos pesa aún lo exclusivamente verbal, la mera fórmula carente de contenido real.

**NECESIDAD****DE COHERENCIA**

*Coherencia.* Hay que armonizar en lo posible las influencias que sobre él inciden simultáneamente, unas deliberadamente puestas, otras espontáneas, pero inevitables y no menos eficaces. Este problema es absolutamente fundamental. Ya hemos visto que la influencia de la familia es primordial. Sobre ella, perfeccionándola y completándola, ha de trabajar el educador, pero contra ella. Por eso el padre jamás ha de hacer perder al hijo la confianza en el profesor, en el educador. Si cree que algo necesita enmienda, debe acudir directamente al profesor o a quien pueda remediarlo. O, en todo caso, retirar al hijo, como dije antes. Dejar al hijo sometido a influencias dispares, divergentes o quizá contrapuestas, es perjudicarlo, es abrir en él una fuente constante de conflictos, de ambivalencia. Los conflictos pueden ser más o menos graves. Claro que conflictos de la misma gravedad pueden ser bien soportados por unas mentes y por otras no. Podríamos decir que la «robustez mental», como la física, es distinta para los distintos individuos.

El caso es particularmente grave cuando hay oposición entre el ideal familiar y el imperante en la sociedad, impuesto por ésta a la institución escolar. Me es desagradable recordar los duros ataques juveniles de Ortega contra los jesuitas, con quienes se había educado, y los también agrios y desapacibles de Menéndez Pelayo contra su profesor Salmerón. Aquí juega seguramente esa disparidad de ambientes a que he aludido, más que una serena objetividad crítica. En la *Vida de Madame Curie*, escrita por su hija, se retrata la difícil vida escolar de Polonia, sometida

a una tremenda presión oficial que intentaba rusificar el país, y cómo ello repercute sobre los jóvenes escolares. Me parece recordar que es en *Los colegiales*, de Garin, donde se refleja también un ambiente de protesta contra el carácter impuesto por presión estatal a la institución escolar: ambiente de protesta y rebeldía contra la opresión fría, y seguramente injusta en muchas cosas; se deja adivinar el próximo ocaso del régimen de los zares. ¿Y qué diremos de los actuales escolares rusos que sean hijos de familias sinceramente religiosas, cristianas —católicas u ortodoxas—? ¿A qué presión no estarán sometidas esas almas? Porque se trata de sobrevivir, pero sobrevivir con dignidad.

#### SITUACIONES CONFLICTIVAS, DE LUCHA INTERNA

Puede suceder, y esto es lo verdaderamente grave en el orden psicológico, que el obstáculo se encuentre, no fuera del sujeto, sino en su propia mente. El conflicto aquí tiene el carácter de guerra civil, están en lucha unas fuerzas, energías o tendencias contra otras del propio sujeto. Hay oposición que impide al sujeto obrar enérgica y eficazmente para resolver sus problemas. Queda indeciso, sometido a impulsos contrarios, cuya lucha le agota, consumiendo sus energías útiles. Alternativamente adquieren predominio una u otra de las tendencias en conflicto. El sentimiento de culpabilidad le atenaza, le ahoga. El rendimiento en el trabajo disminuye de manera alarmante. El sujeto pierde la alegría, incluso la gana de vivir, no encuentra nada que le haga deseable la vida. Inapetencia, insomnios, pesadillas, accesos de cólera inmotivados. Por fin, perturbaciones somáticas. Es una mente desintegrada, partida, falta de coherencia, de unidad. El sujeto necesita ayuda para canalizar las emociones reprimidas—el concepto de represión se debe a Freud—a las que ha de dar salida, lo cual equivale a abrir y limpiar un absceso, a extirpar una formación tumoral de la mente. La desintegración puede llegar a la psicosis—locura—, al desdoblamiento de la personalidad o personalidad múltiple, en que se dan dos—o más—conductas en el mismo sujeto, absolutamente ajenas una a otra. Podríamos decir que en una sola persona real, físicamente una, se dan dos—o más—personas psíquicas, realmente distintas.

Pero sin llegar a estos casos límite, del dominio exclusivo de la psiquiatría y afortunadamente poco frecuentes—como toda separación extrema de los valores medios en fenómenos naturales—si plantea la vida situaciones conflictivas, de lucha interna, que han sido analizadas con insuperable maestría en todas las épocas—Teatro, Novela—por los grandes creadores literarios. ¿Qué otra cosa es la Tragedia griega? ¿Qué otra cosa es, por ejemplo, la producción de Shakespeare? Pero reduzcamos los hechos a escala más modesta; la del hombre medio, el hombre corriente, o, como se suele decir con expresión tomada del inglés, el hombre de la calle. Seguramente, muchos de los que estamos aquí hemos pasado por estas situaciones que solemos llamar de crisis, por uno u otro motivo. Estas crisis son mucho más frecuentes—todos lo sabemos—a cierta edad: en la juventud, y más aún en los albores de ella, en la adolescencia. Por eso la adolescencia ha sido llamada la *edad crítica*, o *edad difícil*, por los gran-

des problemas que gravitan en ella sobre una personalidad aún no hecha. (Antes decíamos la «edad del pavo», aludiendo, sin duda, a un carácter real: el afán de presumir de persona mayor, de «no ser ya niño», exhibiendo una aparatosa suficiencia.)

**PROBLEMAS DE LA ADOLESCENCIA** De suyo, esta edad es difícil: Problemas de profesión. Desarrollo del sentido social (problemas de convivencia). Agudo espíritu crítico, con censuras despiadadas para toda imperfección (idealismo, afán de perfección, altamente laudable, aunque los adolescentes carecen de la prudencia y, muchas veces, de la energía necesaria para realizar lo que conciben). Y aparición del sentimiento amoroso «sensu stricto». Son, además, víctimas de una ambivalencia en cuanto al trato que reciben: les exigimos como a hombres, pero les concedemos como a niños, lo cual hiere vivamente su orgullo recién estrenado y, por tanto, extremadamente sensible. Ambivalentes también desde el lado subjetivo: Se consideran ya hombres —o mujeres—, pero en muchas cosas son todavía niños. Las amistades, lecturas y espectáculos pueden influir muy poderosamente en la personalidad resultante de este «segundo nacimiento», como se ha llamado al conjunto de fenómenos psíquicos concomitantes y subsiguientes a la pubertad.

Posibles fuentes de conflictos en la adolescencia:

La adaptación profesional, máxime si son estudiantes, con el sobrecargo de exámenes, *precisamente en esta edad difícil*: exámenes de curso, examen de grado, preuniversitario, ingreso en la Universidad o Escuela Técnica Superior, con el salto que ello supone. Para muchos, además, alejamiento por primera vez del hogar familiar. Asistencia a clases dadas por especialistas con absoluto olvido de todo problema de personalidad... La Universidad ha adquirido conciencia de este problema y acude a él con los Colegios Mayores, que, si son quizá excesivos en cuanto a riqueza material de su instalación, son, en cambio, notoriamente insuficientes en cuanto a su número.

Segunda fuente de conflictos: El agudo sentido crítico estimulado por lecturas, amistades, espectáculos, suele dar lugar a una crisis religiosa, de fe. Puede salir ésta, y de hecho así ocurre muchas veces, robustecida. Pero la crisis suele darse. Y quizá sea preferible que se dé, si el no darse supone solamente adaptación rutinaria al ambiente, sin valor personal. Alguien dijo que quien no lucha, no vence; quien no duda, no cree. «Si buscas a Dios, dijo San Agustín, ya lo encontraste en tu corazón». Quien no lo busca, posiblemente no tiene gran interés en encontrarlo. Se conforma con lo que dicen. Me atengo sólo a la repercusión psicológica del problema, no me considero competente para examinar la esencia del problema mismo. «Doctores tiene la Iglesia...»

Intimamente implicado con este problema, pero además con profunda y vivaz raíz biológica, exacerbado con numerosos estímulos provenientes del medio social, está el—emplearemos la más suave expresión posible— el problema amoroso. Desde un punto de vista estrictamente psicológico hay que aconsejar la evitación de conflictos y represiones. Pero estamos.

cara a cara, frente al problema ético. La salud es un bien, en sí mismo deseable. Pero es característico del mundo de los valores el estructurarse con arreglo a una jerarquía. Y la salud no está en el extremo superior de la escala, sino todo lo contrario. Hay valores por los cuales el hombre «puede y debe arriesgar la vida», como dice Cervantes, refiriéndose concretamente a la libertad.

Hemos llegado al núcleo de la cuestión. Cuestión pavorosa—«temor y temblor»—pero cuestión esencial, inescapable si aspiramos a que nuestra vida siga siendo humana. Dice Ortega en algún sitio que el máximo valor es la vida, puesto que los demás valores se dan en ella. ¿Equivale esto al «primum est vivere, deinde philosophare»? Equivalga o no, lo cierto es que Ortega, al que se ha llamado el hombre de la expresión galana—y, efectivamente, es uno de los más exquisitos artistas de toda nuestra Literatura—incurre en frecuentes contradicciones doctrinales, y quizá de su doctrina con su conducta. Reconozco su honradez, y sus agudísimos aciertos parciales. No entro en la esencia de su sistema, ni en si lo tiene o no. Todo eso queda fuera de mi competencia. Afirmino, simplemente, que con frecuencia se encuentran en su obra afirmaciones contradictorias o que muy de cerca lo parecen. Por ejemplo, la citada hace un momento, con esta otra: «La vida humana, dice, es imposible sin un ideal». (Cito de memoria y, por tanto, no textualmente). «El ideal, insiste, es un órgano esencial a la vida». Recojo ambas afirmaciones porque esta segunda, en sus dos partes, anula, corrige o aclara la primera, la cual no puede ser ya entendida en el sentido de que lo absolutamente deseable en primer término es vivir pura y simplemente (como el cerdo: comer, engordar, gruñir y revolcarse en el cieno). No, hay que vivir una vida humanamente digna o dignamente humana, tanto da. Vida con un ideal. Ideal que impondrá una norma. Y al someternos a esta norma, 'al intentarlc, por lo menos, puede surgir el conflicto por la colisión entre lo que la norma exige y lo que la naturaleza pide. El combate se hace entonces inevitable, pero quizá sea beneficioso siempre. Hay que procurar caer de la mejor parte. «Procura mantenerte siempre erguido—no recuerdo si son palabras de Kipling o quizá de Goethe—. Que por lo menos pueda decirse de tí que eres un hombre.»

Veán Vdes. que, adrede, no he aducido apenas textos de Santos Padres no de sesudos teólogos. Es que pienso en nuestros preuniversitarios, que nos abandonan estos días o que nos abandonarán dentro de unos meses. Y no quiero que tal vez alguno de ellos—los adolescentes y jóvenes suelen ser hombres «terribles», «desengañados» de todo, que «están de vuelta» de muchas cosas—deje de tomar en cuenta mis palabras por ser «cosas de curas».

**SALUDO FINAL** Esta es la pavorosa cuestión: Lo que somos, ¿lo somos auténticamente? Que cada cual conteste con sus propias obras y no con fórmulas verbales aprendidas de memoria y recitadas de corrido. ¿Quién eres tú, adolescente? No eres, no puedes ser, el que se deja arrastrar por la corriente de la vulgaridad, un Vicente cualquiera.

un individuo anónimo en una muchedumbre, un espectador vociferante en un encuentro de fútbol, un simple número en una estadística demográfica o en un estado escalafonal. No, tú no puedes ser ése. ¿Quién eres tú? Eres una persona con tus cualidades y tus limitaciones, quizá condicionadas ya genéticamente; enraizado en una tradición familiar; miembro activo de una comunidad social, a la que perteneces; profesando abiertamente un ideal y sirviéndole con nobleza y gallardía, aunque sin aspavientos ni alharacas. Con fe, con optimismo, con alegría, aun con tus luchas y tus dolores. No olvides que los Santos ofrecen a Dios un corazón lacerado, que no hay victoria donde no hay combate, que las cosas se estiman por lo que cuesta el ganarlas, que la vida es difícil, dura, a veces agria, pero nunca fea. Ese eres tú, adolescente que levantas el vuelo hacia la Vida.

Para terminar, sólo este consejo amistoso, tomado de la Antigüedad: «Procura ser... el que eres».

## GUIAS Y CUADERNOS DIDACTICOS DE MATEMATICAS

	Ptas.
1. <i>La Matemática y su enseñanza actual</i> , por Pedro Puig Adam ...	110,—
2. <i>El material didáctico matemático actual</i> , por P. Puig Adam ...	70,—
3. <i>El método de la investigación dirigida en la enseñanza de las Matemáticas</i> , por M. Sales Boli ...	50,—
4. <i>Matemáticas (Reuniones de Estudios) (Agotado.)</i>	
5. <i>Un punto de vista cibernético sobre el problema de los problemas</i> , por P. Puig Adam ...	6,—
6. <i>Un ingenio eléctrico para resolver problemas de Lógica formal</i> , por P. Puig Adam ...	6,—
7. <i>El geoespacio proyectivo</i> , por Antonio Fernández de Trocóniz ...	2,—
8. <i>Multivalencia de las situaciones geométricas</i> , por M. Dolores Puig Sabadell ...	2,50
9. <i>El Aula de Matemáticas</i> , por M. Dolores Puig Sabadell ...	2,—
10. <i>Una lección sobre cuadriláteros</i> , por M. Dolores Puig Sabadell ...	3,50
11. <i>Nuevas orientaciones en la enseñanza de la Matemática. La Matemática moderna y el Bachillerato.</i> (En reimpresión.)	
12. <i>Matemática moderna. Apuntes</i> , por la Comisión oficial que preside don Pedro Abellanas. Ocho cuadernos ...	102,—
13. <i>Matemática moderna</i> , por Lucienne Félix. Grado Elemental y Grado Superior ...	100,—

PUBLICACIONES DE LA REVISTA "ENSEÑANZA MEDIA"

Atocha, 81, 2.º

MADRID - 12

# Editorial TEIDE

Bori y Fontestá, 18

::

BARCELONA - 6

## ● APTO. Introducción al Bachillerato

Un libro decisivo para el paso de la Enseñanza Primaria al Bachillerato destinado a adecuar la mentalidad del alumno a la metodología de la Enseñanza Media. Mapas, dibujos, esquemas y fotografías a todo color, que resumen intuitivamente el texto.

## ● CARTEL

Adolfo Maillo

Libro de iniciación en la lectura y en la escritura, para niños de seis a siete años. Una espléndida ilustración a cuatro colores.

## ● TEXTOS ESCOLARES

Ediciones de obras de texto para el Bachillerato. Ciclos completos de Geografía e Historia, Gramática, Literatura y Matemáticas. Textos de Filosofía, Latín, Física y Química. Métodos de Dibujo. Textos para el Curso Preuniversitario, Magisterio y Escuelas de Comercio.

## ● MATERIAL CARTOGRAFICO

Atlas de Geografía Mundial, de Historia de España y de Historia Universal. Tres obras de gran valor pedagógico. Ediciones a todo color. Mapas murales escolares (156 x 140 cm.). Carpeta Atlas (colección de 15 láminas)

**Los textos TEIDE siguen el Cuestionario oficial**

**SOLICITE CATALOGO Y CONDICIONES DE ADQUISICION**